



MANANTIAL

CHAI EDITORA

Akwaeke Emezi

MANANTIAL

Traducción de DAMIÁN TULLIO

Emezi, Akwaeke

Emezi, Akwaeke
Manantial / Akwaeke Emezi. -

1a ed. Ciudad Autónoma
de Buenos Aires
Chai Editora, 2021.

224 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de:
Damián Tullio ;
ISBN 978-987-48012-2-7

1. Narrativa Nigeriana.
2. Tullio, Damián, trad. Il. Título.
CDD 896

Título original
Freshwater

Copyright
© Akwaeke Emezi, 2018

Copyright
© Chai Editora, 2021

Copyright de la traducción
© Damián Tullio, 2021

Austria 1840 depto V.
(C1425EGD)
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina
www.chaieditora.com

Diseño de tapa: Soledad Bossio
y Sebastián Della. Ese Estudio.

Foto de tapa:
Daniela Ruiz de Esparza

Corrección:
Florencia Parodi

Diseño del interior:
Daniela Coduto

Primera edición:
agosto de 2021

ISBN: 978-987-48012-2-7
Hecho el depósito que marca la ley 11.273



Para aquellos
con un pie
del otro lado

Capítulo uno

*He vivido muchas vidas dentro de este cuerpo.
He vivido muchas vidas antes de que me metieran aquí.
Viviré muchas vidas aun después de que me arranquen de él.*

Nosotras

La primera vez que nuestra madre vino por nosotras, gritamos.

Teníamos tres años y Ella era una serpiente al acecho, enroscada en los azulejos del baño, esperando. Habíamos pasado los últimos años creyéndole al cuerpo, pensando que nuestra madre era otra persona, una mujer flaca de mejillas rozagantes y anteojos gruesos como culo de botella. Y entonces gritamos. Los límites no son tan claros cuando eres nueva. Hubo un tiempo en que no tuvimos cuerpo, cuando todavía estaba en preparación, construyéndose célula a célula, diseñando órganos meticulosamente, haciendo sistemas dentro de esa mujer flaca. Solíamos ir y venir, espiábamos el progreso del feto, íbamos silbando por entre las aguas en las que flotaba, armonizando con las canciones que cantaba la mujer, himnos católicos de su familia, aquella que ahora ya no existe porque son solo cenizas dentro de las paredes de la catedral de Kuala Lumpur. Nos divertía trastocar el ritmo de la música, retorcerla alrededor del feto hasta que pateara de felicidad. A veces, abandonábamos el cuerpo de la mujer flaca para flotar detrás de ella y explorar su casa, la seguíamos por entre esas paredes de color celeste y la mirábamos mientras transformaba las bolas de masa en círculos y los chapatis se inflaban bajo sus manos.

Era pequeña, tenía los ojos y el pelo oscuro, la piel de un marrón claro y su nombre era Saachi. Nació en sexto lugar, de entre ocho hermanos, en el undécimo día del sexto mes, en Melaka, al otro lado del océano Índico. Luego viajó a Londres y se casó con un hombre llamado Saul bajo la estela de un sari blanco, velo y flores. Él era un tipo enérgico con una sonrisa libertina y piel oscura. Aunque llevaba el pelo muy corto, podías notar los pequeños rulos firmes contra el cuero cabelludo. Cantaba canciones de Jim Reeves en una voz de barítono exagerada, hablaba ruso y entendía latín, y sabía bailar el vals. Se llevaban doce años, pero así y todo eran una pareja hermosa, se complementaban el uno al otro y cuando caminaban por la ciudad gris, lo hacían con gracia.

Para cuando nuestro cuerpo se entrelazó con sus fibras, se mudaron a Nigeria y Saul empezó a trabajar en el hospital Queen Elizabeth de Umuahia. Ya tenían un hijito, Chima, que había nacido en Aba hacía tres años, pero para esta bebé (nosotras), creyeron importante regresar a Umuahia, el lugar de origen de Saul y de todo su linaje. La sangre estaba abriéndose paso en el terreno, lubricando las bisagras de las compuertas, haciendo del rezo carne. Luego vendría otra niña, nacida también en Aba. Saul les cantarían a esas dos niñas con su voz de barítono, les enseñaría a bailar el vals y cuidaría a sus gatos cuando ellas se fueran de casa.

Antes de que ellas nacieran, vivían (la mujer delgada y el hombre enérgico) en una casa grande dentro del barrio de los médicos, ese lugar donde afuera crecía el hibisco y las paredes estaban pintadas de celeste. Saachi era enfermera, una mujer pragmática, así que imaginamos que, considerando a los dos progenitores, había buenas chances de que su nueva bebé tuviera una vida larga. Cuando nos cansábamos de la casa, salíamos a flotar por ahí, a jugar por el barrio, a ver cómo la vegetación se ensortijaba alrededor de las varillas que servían de guía, a ver la seda del maíz secarse mientras la mazorca maduraba, a ver cómo los mangos se hinchaban y se llenaban de manchas amarillas antes de caer al suelo. Saachi se sentaba y miraba a Saul llenar hasta el tope dos

baldes con mangos para traérselos. Ella los comía enteros, primero la cáscara y después la carne húmeda, hasta que sus dientes rozaban la superficie seca del carozo. Y con lo que quedaba hacía mermelada de mango, jugo de mango, todo con mango. Comía como veinte al día, y también algunas paltas grandes que se metía de a cucharadas en la boca para saborear la manteca vegetal mientras se deslizaba por su garganta. Encontrábamos bien alimentado a nuestro cuerpo fetal cada vez que lo visitábamos. Cuando nos aburríamos de su mundo, volvíamos al nuestro. Por entonces, todavía éramos libres. Nos escurríamos de los cuerpos como si nada, corríamos como el agua en los arroyos.

En la época del Queen Elizabeth tenían un taxista que los llevaba de aquí para allá. En el interior del auto tenía pegado un eslogan: NO HAY ATAJO EN EL CAMINO AL ÉXITO. Había tenido que renovar el cartel muchas veces y para entonces las letras estaban amontonadas unas encima de las otras, algunas lucían ya raídas y otras seguían brillantes, como si las acabara de pegar. Todos los días Saachi dejaba a su hijo con una niñera y el taxista la sacaba del barrio para llevarla a la clínica de Saul, en el medio de una aldea. Esa mañana (el día en que morimos y el día en que nacimos) entró en trabajo de parto mientras surcaban los caminos rojos de arcilla. El conductor, siguiendo las indicaciones desesperadas de ella, dio media vuelta y la llevó al hospital Aloma. Mientras su cuerpo nos llamaba y las tripas se le estrujaban, lo único en lo que Saachi podía concentrarse era en el cartel del taxista, en esas letras pegoteadas que le recordaban, mientras se retorció en el asiento de atrás, que no existía ningún atajo.

Mientras tanto, nosotras éramos tironeadas, arrastradas a la fuerza hacia las compuertas, más allá del río, para acercarnos al portal del vientre de una mujer, empujadas dentro de un cuerpecito diminuto que dormía en líquido amniótico. Era hora. Cuando el feto empezó a crecer ahí, todavía teníamos nuestra libertad, pero de aquí en más ya no seríamos visitantes, sino que nos convertiríamos en ella, la carne sería nuestro hogar. Estábamos acostumbradas al golpeteo

de dos latidos separados por carne y líquidos, acostumbradas a tener la opción de irnos y volver al lugar de donde veníamos, como cualquier otro espíritu libre. ¿Teníamos que convertirnos en una unidad, encerrarnos para siempre en la conciencia de una sola cabecita? De ninguna manera. Sería una locura.

La mujer tenía tendencia a trabajos de parto breves. El niño, su primer hijo, nació apenas en una hora. Un año después de nuestro nacimiento, a la tercera hija le tomaría tan solo dos. Nosotras, en el medio, combatimos el pujo por seis horas. No queríamos atajos.

Era el sexto día del sexto mes.

Al final, los médicos introdujeron una jeringa en el cuerpo de Saachi y a través de una sonda combatieron nuestra resistencia con drogas para expulsar ese cuerpo del que nos apropiamos. Quedamos atrapadas, por ese parto extraño, en esta abominación de la carne, y así llegamos aquí.

* * *

Venimos de alguna parte, como todo lo demás. Cuando la transición de espíritu a carne se completa, las compuertas deben cerrarse. Es un acto de bondad. Sería una crueldad dejarlas abiertas. Parece que esta vez los dioses se olvidaron, a veces pueden ser así de distraídos. No lo hicieron con maldad, no suelen actuar de esta manera. Aunque al fin y al cabo son dioses, les interesa poco lo que le pasa a la carne, sobre todo porque les parece lenta y aburrida, extraña y rústica. No le prestan atención, salvo cuando se recolecta, se organiza y se imbuye con almas.

En el momento en que ella (nuestro cuerpo) se abrió paso hacia el mundo, empapada y estruendosa como mil tormentas, las compuertas quedaron abiertas. Para ese entonces deberíamos haber quedado ancladas en ella, dormidas dentro de sus membranas, en sincronía con su mente. Esa habría sido la forma más segura. Pero las compuertas quedaron abiertas y, sin barreras que nos separaran de nuestros recuerdos,

quedamos desconcertadas. Éramos ancianas y recién nacidas a la vez. Éramos ella y éramos otra cosa. No estábamos conscientes, pero estábamos vivas. De hecho, el problema era que seguíamos considerándonos *nosotras* en vez de simple y concretamente *ella*.

Ahí estaba: una bebé regordeta con el pelo negro grueso y empapado. Y ahí estábamos nosotras, infantes en este mundo, ciegas y hambrientas, un poco aferradas a la carne, aunque en gran medida aún concentradas en seguir el rastro de la corriente a través de las compuertas abiertas. Siempre quisimos creer que fue un descuido de los dioses y no un acto deliberado. Pero poco importa lo que nosotras creamos, incluso siendo lo que somos: sus hijas. Ellos son insondables (cualquiera puede entender esto) y son tan amables con sus propios hijos como lo serían con los de ustedes. Incluso algo menos amables que con ellos, ya que los de ustedes son apenas unas débiles bolsas de carne con un alma precedera. Nosotras, por otra parte, somos sus hijas, sus polluelos, sus crías, sus *ogbanje*. Nosotras podemos tolerar mucho más el horror. No es que les importara demasiado, pero era evidente que si dejaban abiertas las compuertas, ella (la bebé) iba a enloquecer.

Dormíamos con los ojos abiertos, atadas a su cuerpo y a su voz a medida que crecía, durante esos primeros años lentos en los que no pasa nada y a la vez pasa de todo. Era ciclotímica y brillante, un sol intenso. También violenta. Gritaba mucho. Era regordeta, hermosa y saltaba a la vista, para cualquiera que quisiera verlo, que estaba loca. Solían decir que había heredado los rasgos de su familia paterna, de la abuela muerta, por su piel oscura y el pelo grueso. Sin embargo Saul no la bautizó con el nombre de su madre, como quizás habría hecho otro hombre. Es sabido que la gente suele volver al mundo en otros cuerpos, pasa todo el tiempo. *Nnamdi. Nnenna*. Cuando atisbó la profundidad húmeda de esos ojos negros, Saul —a pesar de ser un hombre moderno, ciego a esa complejidad— supo que no debía cometer ese error. Por alguna razón, Saul supo que cuando miraba esos ojos negros en la cara de su hija no estaba mirando los ojos de su madre, sino otra cosa, a alguien más.

Todos se arremolinaban alrededor de ella, le pellizcaban las mejillas y el tejido regordete que se acumulaba en capas, atraídos por lo que suponían que era ella pero en realidad éramos nosotras. Incluso dormidas hay cosas que no podemos evitar, entre ellas atraer a los humanos hacia nosotras. Y ellos también nos atraían, pero uno a la vez. Éramos así de selectivas. Saachi veía a las visitas revolotear alrededor de la bebé y la preocupación le crecía como un brote. Todo esto era nuevo. Chima había sido tan silencioso, tan pacífico, la frescura que complementaba el calor de Saachi. Perturbada, buscó un *pottu*, un circulito de terciopelo negro, un tercer ojo portátil, y lo pegó en la frente de la bebé, en esa extensión de piel tersa recién estrenada. Era un sol para repeler el mal de ojo, para ahuyentar las malas vibraciones de la gente malvada capaz de hacer de cuenta que arrulla a un bebé mientras le arroja maldiciones. Saachi siempre fue una mujer pragmática. La niña tenía buenas chances de sobrevivir. Durante los primeros años las probabilidades de perderlos son más grandes, pero por lo menos los dioses habían elegido seres humanos responsables, que la amarían con locura. De todos modos eso no compensa lo que hicieron con las compuertas.

Su padre humano, Saul, no estuvo en el parto. No le prestamos mucha atención cuando éramos libres porque no nos resultaba para nada interesante. En su cuerpo no albergaba ninguna nave, ningún universo. Estaba comprando cajas de gaseosas para los invitados mientras su esposa luchaba contra nosotras y nuestras ganas de ser libres. Saul era de esos hombres que se preocupan por el capital social, por el estatus. Cuestiones humanas. Así y todo, fue quien permitió que le pusieran ese nombre y luego, una vez despiertas, entendimos por qué había sido elegido. Muchas cosas empiezan al ser nombradas.

Después de que su hijo Chima naciera, Saul rogó tener una hija, así que, cuando finalmente llegó, le dio un segundo nombre que significa literalmente: 'Dios respondió'. Aunque quiso decir que *los dioses* respondieron. Quiso decir que fuimos convocadas y respondimos al llamado. No sabía lo que estaba pidiendo. Los seres humanos tienen

la costumbre de rezar, pero olvidan lo que sus bocas pueden conseguir, se olvidan de que hay muchos oídos escuchando y no son conscientes de que cuando uno ruega a los dioses, ellos no se lo toman a la ligera.

La Iglesia se negaba a bautizar a la niña si no tenía segundo nombre. Su primer nombre era pagano, poco cristiano. Para el bautismo Saachi ya estaba tan esbelta y angular como lo había sido en Londres, mientras que la panza de Saul se había hinchado más de lo habitual, en una inflamación permanente. Llevaba puesto un traje blanco de solapa ancha, una corbata blanca en contraste con su camisa negra, y estaba parado ahí, mirando con las manos apretadas cómo el párroco marcaba la frente de la bebé acunada en brazos de su esposa. Saachi hizo foco en la niña a través de sus anteojos gruesos con una seriedad calma, el sombrero blanco le apretaba más de la cuenta el pelo largo y negro, y el terciopelo bordó de su vestido colgaba severo de sus hombros. Chima se paró al lado de su papá. Estaba vestido con unos pantalones color oliva. Era muy pequeño, su cabeza apenas llegaba a la altura de las manos de Saul. El párroco hablaba y hablaba mientras nosotras, completamente dormidas dentro de la niña, sentimos el gusto agrio del agua bendita que recorría la frente y se escurría hasta alcanzarnos. No paraban de hablar de un tal Cristo, otro dios. Esa agua vieja sirvió como un anuncio, y de repente él, parado junto a nosotras, giró la cabeza.

El párroco seguía hablando mientras este tal Cristo se acercó a nosotras rompiendo las barreras de un mar negro que quedó detrás de él. Sus manos recorrieron el cuerpo de la bebé, tenía olor a granada y miel bajo las uñas. La niña dormía abrazada a Saachi, sacudiéndose apenas mientras sus párpados titilaban. Nos dimos vuelta. Él se inclinó y dejó ver esa espuma de rizos negros, esa piel rugosa, y dio un paso atrás. Le habían ofrecido a la niña y él había aceptado, iba a amarla como a todos los demás. El agua se escurría por la oreja de la bebé mientras el párroco decía su segundo nombre, la respuesta del Dios, aquel que le exigió la Iglesia porque no tenía idea de la carga divina que ya traía su primer nombre.

Saul consultó con su hermano mayor cuando estaban eligiendo el primer nombre. Este hermano, que murió antes de que pudiéramos recordarlo (una pena, porque si había alguien que podía saber qué hacer respecto de las compuertas, seguro era él), se llamaba De Obinna y era un maestro rural que trabajaba en las aldeas lejanas y conocía sus ritos y prácticas. Decían que pertenecía a la orden de los querubines y los serafines de la Iglesia católica de Nigeria y así vivió hasta el momento de su muerte. Y también era un hombre que conocía las danzas y las canciones de *Uwummiri*, el culto ahogado en el agua. Toda el agua está conectada. Todo manantial sale de la boca de una pitón. Cuando Saul entró en razón y se arrepintió de llamar a su hija como su abuela, De Obinna sugirió que le pusieran aquel primer nombre, ese que está lleno de Dios. Muchos años después, Saul le dijo a su hija que su nombre significaba ‘preciosa’, pero esa es una traducción libre, inadecuada, tan correcta como incompleta. El nombre significa, en su forma más elemental, ‘el huevo de la pitón.’

Antes de que esa amnesia inducida por la cristiandad atacara a los humanos, todo el mundo sabía que la pitón es una bestia sagrada, mucho más que un simple reptil. Es la fuente del agua, la carne de la diosa Ala,¹ la tierra misma, la jueza y la madre, el origen de la ley. El hombre nace en sus labios y es ahí donde vivirá siempre. Ala lleva el inframundo en su vientre, la muerte le estira y aplanan su barriga, mientras la luna creciente brilla sobre Ella. Matar a la pitón estaba prohibido. Y solía decirse que sus huevos eran inhallables. Y si acaso los encontrabas, decían, no debías tocarlos. El huevo de la pitón es hijo de Ala, y el hijo de Ala no puede, jamás debe, ser tocado por humanos.

Esta es la niña que Saul pidió, su rezo hecho carne. Lo mejor sería ni siquiera proferir su primer nombre en voz alta.

La llamamos la Ada.

1 Nota del traductor: Ala es la deidad de la tierra, la moralidad, la fertilidad y la creatividad para la religión igbo. Es la regente del inframundo y la deidad más alta en el escalafón. No confundir con Alá, la palabra árabe para designar al Dios del Corán.

La Ada nos pertenecía, y también a Ala, y a Saachi, y mientras la niña crecía no quería gatear, como hacen la mayoría de los bebés. Ella prefería reptar por el piso contoneándose sobre el estómago, presionando contra el suelo. Saachi la miraba y se preguntaba si era demasiado regordeta como para gatear, a la vez que se sorprendía con esos rollos de carne que se deslizaban por la alfombra.

—Esta niña reptaba como una serpiente —le decía a su madre por teléfono, que vivía del otro lado del océano Índico.

En ese entonces, Saul manejaba una pequeña clínica en los dormitorios de servicio del condominio donde vivían en el número diecisiete de la avenida Ekenna, completamente construido en base a pequeños ladrillos rojos. En esa clínica fue donde tuvieron que darle la vacuna antitetánica a la Ada después de que su hermano Chima le diera a la más pequeña de las hermanas una madera con un clavo y le dijera: “Golpéala con esto”. No se nos ocurrió que fuera a hacerlo así que no nos preocupamos. Él era el primogénito y ella nos sorprendió. Sangramos muchísimo y Saul mismo nos dio la inyección, aunque la Ada no tiene cicatrices o sea que tranquilamente puede ser un recuerdo falso. No nos ensañamos con la hermana menor, nos caía bien. Su nombre era Añuli. Ella era la más pequeña, el amén al final de la plegaria, una dulzura toda su vida. Al principio hablaba una lengua que nadie podía entender salvo nosotras. Era lógico, viniendo del otro lado (aunque completa, no escindida como nosotras), que pudiéramos conversar con ella y traducir lo que decía a los progenitores de nuestro cuerpo.

Muy temprano por la mañana, antes de que Saul y Saachi despertaran, la Ada (nuestro cuerpo) se escabullía del departamento para visitar a los hijos de los vecinos. Ellos le enseñaron cómo robar leche en polvo y pegarla al paladar con la lengua de manera que esa dulzura con olor a bebé se desmenuzara en la boca. Después de unos años, Saul y Saachi mudaron a todos calle abajo, al número tres, donde tenían más

dormitorios y un baño adicional. Eventualmente demolieron el edificio del número diecisiete y construyeron otro: una casa que no se parecía en nada a aquella vieja edificación de ladrillos a la vista.

Esos viejos ladrillos rojos seguían en pie cuando Saachi nos enseñó a ir al baño solas usando una pequeña pelela color azul. La Ada tenía como tres años, o la mitad de seis, o algo así. Entraba al baño donde estaba la pelela, se bajaba la bombacha y se sentaba de forma delicada. Era buena en eso. Era buena en otras cosas, además. Llorar, por ejemplo, se le daba muy bien, la hacía más plena, llenaba todos esos recovecos de vacío que había en ella. Aquella vez, cuando levantó la vista y se le apareció una serpiente enorme enroscada sobre los azulejos al lado de la pelela, la primera reacción de nuestro cuerpo fue gritar. La pitón elevó la cabeza y solo una parte de su cuerpo. El resto permaneció enroscado mientras las escamas se movían con delicadeza. Ni siquiera pestañeó. Ala nos miraba a través de ojos penetrantes, nosotras la mirábamos a través de los ojos de la Ada. Era la primera vez que nos encontrábamos cara a cara.

Fue un buen grito: un alarido, más bien, y requirió todo el oxígeno de nuestros pulmones. Nos detuvimos únicamente para tomar aire y retomar el grito. Este grito agudo fue una de las primeras cosas que reconoció Saachi de nuestro cuerpo bebé. Se convirtió en un chiste interno en la familia. “¡*Aiyoh*, sí que sabe gritar!”

Dado que Chima había sido un niño tan silencioso, nadie esperó que la Ada fuera así de gritona. Después de alimentarlo y bañarlo, Saachi podía dejar a Chima en su corralito, donde jugaba en calma, solo, sin mayores inconvenientes. Cuando nuestro cuerpo cumplió seis meses, Saachi nos llevó a Malasia, al otro lado del océano Índico. Volamos con la aerolínea de bandera pakistaní, y tuvimos una escala en Karachi. La tripulación le ofreció una cuna en la que ponernos, pero lloramos con tal fuerza que Saachi le dio a la Ada un poco de sedante para calmarla.

De regreso a Aba, Chima solía mirarnos con sorpresa cada vez que gritábamos a todo pulmón porque no nos daban lo que queríamos.

Hay limitaciones de la carne que son intrínsecamente inexplicables, límites terrenales que son diametralmente opuestos a las libertades que teníamos cuando flotábamos por aquellas paredes de color celeste y entrábamos y salíamos de los cuerpos a voluntad. Se suponía que este mundo sería maleable, como lo había sido antes de que nuestro cuerpo se acomodara en esos anillos y paredes de músculos, abriera los ojos, llenara los pulmones y anunciara nuestra llegada al mundo con un grito. Si bien dormíamos, nuestra presencia moldeó el cuerpo y el temperamento de la Ada. Arrancó todos los botones de los sillones y dibujó todas las paredes. Estaban todos tan acostumbrados al escándalo y los disgustos que cuando la Ada se encontró con la serpiente y, paralizada del susto, proyectó terror con su voz, nadie le hizo demasiado caso. “Es una caprichosa”, decían, sentados en la sala de estar, mientras bebían cerveza Star de la botella. Pero esta vez no se detuvo. Saul frunció el ceño e intercambió una mirada de sospecha con su esposa. La preocupación les cambió la cara. Se levantó y fue a ver a la niña.

Saul era todo un hombre igbo. Su formación médica la había obtenido gracias a una beca en la Unión Soviética. Luego de eso pasó muchos años en Londres. No creía en brujerías, las serpientes podían significar cualquier cosa para él, y casi nunca las asociaba con la muerte. Pero cuando vio a la Ada, a su bebé, congelada de terror ante la pitón con lágrimas de angustia corriéndole por las mejillas, un miedo sin igual se apoderó de su corazón. Tomó a la bebé en brazos y la sacó de ahí. Después fue a buscar su machete y cortó a la pitón en pedazos. Ala (nuestra madre) se disolvió entre las escamas y la carne despedazada. Se fue para nunca más volver. Saul estaba furioso. Era una emoción que conocía bien, que le sentaba como un par de pantuflas cómodas. Volvió caminando a la sala apretando el metal ensangrentado y emitió un grito que rompió la calma del hogar.

—Cuando la niña llora, no la ignoren. ¿Me oyen? —la Ada se aferró a los brazos de Saachi, temblando.

Él ni imaginaba lo que acababa de hacer.

Capítulo dos

La pitón lo comerá todo de un bocado.

Nosotras

Todo esto es, en definitiva, una letanía de locuras. Sus colores, los sonidos que emite en la noche oscura, su trinar mientras se posa sobre los hombros del alba. Piensen en esos pequeños delirios que llevan dentro, no aquellos que van floreciendo a medida que crecen y se convierten en una versión más inmoral de sí mismos, sino aquellos que nacieron con ustedes, los que llevan en lo más profundo, alojados en el hígado como bilis. Nosotras, por ejemplo. No vinimos solas. Nuestra fuerza arrolladora, cuando avanza, arrastra cosas consigo. Un pacto, pedazos de hueso, roca ígnea, terciopelo gastado y colgajos de piel humana que traen todo eso atado. Este compuesto se llama *iyi-uwa*, la promesa del mundo. Es una promesa que hicimos cuando flotábamos, antes de ingresar en la Ada. La promesa dice que volveremos, que no vamos a quedarnos en este mundo, que le somos fieles al más allá. Cuando espíritus como nosotras son imbuidos en la carne, esta promesa se convierte en una cosa real, y una de sus funciones es tender un puente. En general está escondida o enterrada, porque indica la dirección hacia la salida. Se entiende que ese umbral es el de la muerte. Los humanos criteriosos siempre están en busca del *iyi-uwa*. Saben que, si pudieran arrancarlo de la carne,

desenterrarlo de las profundidades secretas donde se esconde, quizás podrían destruirlo y así evitar que los cuerpos de sus hijos perecieran. Si el vientre de Ala contiene todo el inframundo, el *iyi-uwa* es el atajo hacia él. Si los padres humanos de la Ada lo encontraran y lo destruyeran, entonces nosotras nunca podríamos encontrar el camino a casa.

Pero nosotras no somos como el resto de los *ogbanje*. No lo escondimos bajo un árbol ni en el fondo de un río ni entrelazado entre los cimientos de la casa de Saul en la aldea. No, lo escondimos mucho mejor. Lo desarmamos y lo diseminamos. La Ada ya tenía huesos, ¿quién notaría esos fragmentos extraños metidos ahí? La roca ígnea la guardamos en la boca del estómago, entre la mucosidad y una capa de músculo. Sabíamos que la empujaría hacia abajo, pero si Ala carga a cuestas con un mundo de almas muertas, ¿qué le cuesta a la Ada llevar además el peso de una piedra? Pusimos el terciopelo dentro las paredes de su vagina y escupimos sobre el colgajo de piel, y lo dejamos húmedo como un arroyo. Se onduló y cobró vida, luego lo estiramos de un omóplato al otro, como forrándolo, y se lo cosimos a la piel. La transformamos en la promesa. Si quieren llegar a ella, tendrán que destruirla a la Ada también. Si quieren que permanezca con vida, deberán devolverla a su lugar de origen.

Nos adueñamos de ella de muchas formas, pero aun así fuimos abrumadoras. Aunque estábamos enroscadas e inactivas en su interior, ya nos sentía. Se podía percibir lo perturbadora que era nuestra mera presencia. Dormimos muy mal esa primera década. La Ada tenía pesadillas recurrentes, sueños terroríficos que la empujaban una y otra vez a la cama de sus padres. Se despertaba aterrorizada, con un sudor frío, en las horas oscuras de la mañana. Caminaba en puntas de pie hasta la habitación matrimonial y abría la puerta gentilmente para que crujiera lo menos posible. Saul dormía siempre del lado de la cama más cercano a la puerta para dejarle a Saachi el lugar bajo la ventana. La Ada se paraba frente a ellos con la cara

empapada de lágrimas, abrazada a la almohada, hasta que uno de ellos sentía su presencia y despertaba. La encontraban llorando en la oscuridad, vestida con su pantalón de pijama rojo y una camiseta con rayas blancas.

—¿Qué pasó?

Mil veces lo mismo.

—Tuve una pesadilla.

Pobrecita. No era culpa suya. Aún no sabía que nosotras vivíamos en ella. Éramos como niñas, avanzábamos a las patadas por su sueño, atacábamos su mente ingenua, la retorcíamos y la empujábamos. Las compuertas estaban abiertas y ella era el puente. No nos podíamos controlar. Una fuerza nos llamaba a casa, y cuando estaba dormida había todavía más fuerza y más tironeo hacia afuera.

Aunque la Ada nos sorprendió: empezó a ingresar a nuestro mundo. Cada vez que nos retorcíamos, las pesadillas y los suspiros de horror aumentaban. Hasta que una noche, de repente, se nos apareció al lado, mirando el sueño desde afuera, tratando de salir. Tenía siete u ocho. Sus ojos eran jóvenes y calculadores. Era brillante incluso antes de que nosotras la afiláramos. Esa fue una de las razones por las que Saul se casó con Saachi, decía que necesitaba una mujer inteligente que le diera una progenie de mentes brillantes.

En el sueño, la Ada imaginó una cuchara. Fue extraño: tan solo una cuchara sopera que flotaba en vertical. Era de metal y era fría, y eso la hacía real. Al lado de algo tan concreto, toda la basura que creábamos se revelaba absolutamente falsa. Miró la cuchara, identificó a qué mundo pertenecía (al de ella, no al nuestro) y despertó. Lo hacía todo el tiempo, se libraba sola de las pesadillas. Al final, ya ni siquiera necesitó la cuchara. En cuanto el sueño se enroscaba y todo se volvía oscuro, la Ada recordaba dónde estaba. Sí, estaba en un sueño horroroso, pero tenía el poder para salir de ahí. Solo con eso se arrancaba a sí misma de capas pegajosas de conciencia hasta que despertaba de lleno, completa, con dolor en las costillas. Nuestra pequeña colección de carne

construyó un puente por sí misma. Estábamos tan orgullosas. Ya la espiábamos desde nuestro mundo aun cuando todavía no estábamos listas para despertar.

Pero un día despertamos.

Era diciembre, durante la época del Harmatán.² La Ada estaba en la aldea. Saul llevaba siempre a la familia a Umuecheoku para Navidad. Luego la Ada iba a Umuawa a pasar año nuevo con su mejor amiga, Lisa. La de Lisa era una familia escandalosa. Eran gente alborotada que la tomaba en brazos y la llenaba de besos para desearle las buenas noches o los buenos días. La Ada no estaba acostumbrada a tanto roce. Saul y Saachi no solían abrazarla, al menos no así. Por eso amaba a la familia de Lisa. Fueron ellos quienes la llevaron al festival de máscaras donde nos decidimos a despertar.

Era una noche oscura como el tamarindo de terciopelo negro, cerrada de una forma que hacía que las personas caminaran pegadas las unas a las otras. Avanzaban en bloque hasta la plaza central de la aldea. La Ada escuchó la música incluso antes de que alcanzaran a la multitud palpitante. Una a una, las personas empezaron a atarse bandanas y pañuelos sobre la nariz y la boca antes de adentrarse en la nube de polvo donde todos bailaban. Se arrojaban hacia la música, hacia los sonidos del ekwe y el ogene.

Lisa le alcanzó un pañuelo blanco, el algodón se posó sobre sus dedos como el ala de una garza. La Ada se detuvo justo en el borde, sus sandalias se hundieron en la arena pálida y miró de frente a la multitud. El golpeteo apresurado del ekwe ondulaba: primero agudo y luego grave, grave grave grave, agudo agudo. Era un sonido férreo y estruendoso. Lisa se sumergió en la multitud, la risa le arrugaba los ojos, que

2 Viento estacional que se abre paso a través del Sahara hasta el golfo de Guinea. Aparece de noviembre a marzo y es conocido por arrastrar arena del desierto del Sahara hasta las costas de América (N. del T.).

asomaban por encima de la bandana roja. La Ada sentía que su corazón vibraba al ritmo del ogene. Se ató el pañuelo a la boca y sus pies flotaron, arrojándola hacia la masa que bailaba. El polvo ondulaba en el aire, se sentía liviano sobre la cara y rasguñaba con delicadeza los párpados. Era como si el polvo le respirara encima de la cara. La arena voló por entre sus piernas y le dio un cosquilleo en la espalda.

La percusión lo sacudía todo. La multitud abrió un claro para dejar pasar a los enmascarados que se arrojaban a la gente haciendo sonar sus látigos, partiendo el aire por la mitad. Sus fibras y telas volaban alocadas alrededor, el cuero parecía manar de sus manos como de una fuente. Con correas atadas a la cintura, sus conductores gritaban y tiro-neaban de los enmascarados, que acosaban a la gente con una sonrisa macabra. La música mandaba órdenes en un viejo idioma heredado. Se coló en nuestro sueño, en nuestra hibernación insomne. Su llamado era tan penetrante como el de la sangre.

¿Ya se olvidaron de nosotras?

Nos agitamos. La voz era familiar, múltiple y escalonada, como un metal rasgando el aire. El suelo vibró.

Nosotras no olvidamos ninguna de sus promesas, nwanne anyi.³

El aire crujió mientras recordábamos. Era el sonido de nuestras hermanohermanas, las otras hijas de nuestra madre, aquellas que, como nosotras, no habían cruzado el umbral. *Ndị otu.⁴ Ogbanje.* Sus máscaras terrenales, arremolinadas entre los humanos, olían como las compuertas, como una arcilla agria. El festival de máscaras invita a los espíritus, les ofrece cuerpos y caras, y ahí estaban ellas, sorprendidas de encontrarnos en medio de su diversión.

¿Qué hacen dentro de una niña?

La Ada levantó los brazos y dio vueltas. La gente que la rodeaba de repente salió corriendo y ella corrió con ellos. Cuando entendió que

3 Literalmente: 'hermana nuestra' (N. del T.).

4 'Miembros', pero también 'apóstoles' (N. del T.)

un enmascarado encaraba en su dirección, dio un grito. El enmascarado se detuvo y se plantó firme, meciéndose con delicadeza. Tenía una cara larga color hueso y una boca salvaje, de color rojo. Estaba envuelto en telas púrpuras y balanceaba un tocado de madera tallada, pintado de colores estridentes. Lo bañaba la luz de la luna. Nosotras temblamos cuando sentimos el olor de la arcilla blanca perturbando nuestro sueño. Nuestras hermanohermanas inclinaron la cabeza y el tocado apuntó de lleno a la negrura del cielo. Estaban enojadas.

¡Despierten!

El sonido de su voz retumbó en las profundidades de la Ada, aun más hondo que la pulpa de sus huesos, y nos obligó a abrir los ojos. El cuidador del enmascarado tironeó de la cuerda y lo llevó a otra parte. La Ada quedó congelada hasta que apareció Lisa, la tomó de las manos y la hizo girar con ella.

Se fueron después de medianoche, los primos de Lisa reían y rompían botellas de cerveza. El vidrio verde se hacía trizas contra el piso. Ya en la casa, la Ada se desató el pañuelo y lo mantuvo en alto, estirado. Había tres manchas marrones. Dos de sus fosas nasales y una de su boca. Nos habría gustado que lo guardara, pero los humanos son así. Las cosas importantes se les pasan, sobre todo cuando son jóvenes y piensan que esa sensación punzante durará para siempre. Mucho después, la Ada recordará esa noche con una claridad meridiana y será para ella uno de los pocos momentos genuinamente felices de su niñez. Ese primer momento en que abrimos los ojos en medio de la polvareda, despiertas por primera vez tanto en nuestro mundo como en el de ella, se sintió como tocar el resplandor más puro. Éramos una, juntas, equilibradas por un instante glorioso en la noche de la aldea.

Muchas veces nos preguntamos durante estos años si habría enloquecido de todos modos, aunque no estuviéramos dentro de ella. ¿Qué hubiera pasado si nos manteníamos dormidas? ¿Qué habría pasado si hubiera podido seguir como en esos años en que era dueña de

sí misma? Mírenla dando vueltas con sus pantaloncitos batik y una remera de algodón, con el pelo negro trenzado en dos arcos atados con gomitas de colores, los dientes brillantes y una sandalia rota. Como un sol radiante.

La primera locura fue esa: nuestro nacimiento, que hayan rellenado una bolsa de huesos con un dios.

Capítulo tres

¿Qué clase de ser es un hijo sin madre?

Nosotras

La primera vez que vimos la luz del mundo, incluso después de abrir los ojos en la aldea, permanecemos cegadas por la novedad. Éramos muy jóvenes. Poco después (cuestión de años para ustedes, pero solo un instante para nosotras) fuimos empujadas a ver con nitidez por un charco de sangre en el asfalto de una ruta, un hueso partido en tres pedazos y el viaje de una madre.

Nuestras hermanohermanas siempre tuvieron esa crueldad inherente. Acopiaban su amargura como la cosecha del año; la mantenían unida con odio, recuerdos acuciantes y mezquindad. La Ada no murió, la promesa no fue cumplida y no volvimos a casa. No podían traernos de vuelta porque estaban demasiado lejos, pero tenían otras formas de reclamarnos. Hay un método para esto. Primero, desarma el corazón y debilita el cuello. Haz que la madre humana se vaya. Ellas sabían que así es como se quiebra a una niña.

Saul y Saachi vivían en la casa del número tres en esa época. Con ellos vivían sus hijos y la sobrina de Saul, Obiageli. Obiageli era una de las dos hijas de De Obinna, pero no era como su papá. Ella no se sabía las canciones, ni los bailes, ni el origen del manantial. Era decididamente cristiana, de una forma obstinada. Pero amaba a la Ada y a veces el amor

es suficiente protección. Cuando la hermana de Obiageli vino de visita, Obiageli les dejó a los chicos bajo su cuidado. Saachi tenía una regla: los niños no salen de la casa a menos que sea con Saul o con ella. Era una mujer pragmática. Así, los chicos tenían mejores probabilidades de sobrevivir.

Además, los pesares de la infancia de la Ada la habían convertido en una nena alborotada y caprichosa. Perdía la paciencia de manera frecuente, daba portazos y peleaba con Chima y Añuli. Los kilos de más que iba acumulando rebotaban por las paredes de la casa. Sus enojos mutaban rápidamente en ataques de llanto incontrolables hasta que sus pulmones no daban más. Se ponía violenta al punto de que, algunos años después, hasta su madre humana le tuvo miedo. Saachi no podía disciplinar a sus hijos de la forma en que Saul u Obiageli lo hacían, no podía inculcarles miedo como una buena nigeriana. Eso sí: manejaba la casa con precisión. Era dura con cualquiera con quien no compartiera sangre, y la mayoría de las veces a nadie se le ocurría siquiera pensar en romper sus reglas.

La prima, sin embargo, era apenas una visita. Se había acabado la sal de mesa y necesitaba ir a comprar más, así que rompió la norma de la casa y sacó a las niñas porque le rogaron ir con ella. Se suponía que solo saldrían un momento, una escapada al otro lado de la calle Okigwe. Lo único que tenían que hacer era doblar a la izquierda una vez que pasaran el portal, pasar al lado del hombre que vendía dulces en el número siete y doblar de nuevo a la izquierda en el arco rojo hasta llegar a la calle principal.

Durante todo el trayecto, Añuli no paró de hablar de como cruzaría la calle sola. Había visto a niños más chicos que ella hacerlo y no veía razón por la que no podría hacerlo también. Llegaron a la esquina donde una mujer vendía mazorcas de maíz, boniatos y batatas al rescoldo y esperaron que se hiciera un hueco en el tránsito. La Ada mantuvo su mano aferrada a la mano de su prima, pero Añuli, chiquita y con apenas seis años, miró a la izquierda, se liberó y corrió hacia el otro lado de la calle. Una camioneta de un azul pálido apareció por la derecha y la sacudió con un golpe que sonó como si el mundo se detuviera.

La Ada gritaba mientras Añuli caía sobre la negrura del asfalto. La camioneta no se detuvo. El conductor apretó los frenos, pero no funcionaron. La camioneta ni se inmutó ante esa figurita minúscula de seis años, no le importó ni la remera de la pantera rosa, ni los shorts, ni el algodón desgarrado contra su chasis metálico, ni las sandalias de goma que volaron de sus pies, ni que la espina dorsal y los hombros de ella quedaran enganchados a la camioneta. Arrastró su pequeño cuerpo dorado por la ruta y encastró de sangre las huellas de otros autos en el camino. No recordamos (la Ada y nosotras) el sonido que hizo nuestra boca, ni sus gritos ni los de la prima. No recordamos cómo cruzamos la calle, quién se quedó a mirar, quién se ofreció a ayudar, quién desenganchó la tela rosada llena de sangre del chasis, qué dijo el conductor de la camioneta, ni cuándo llegó el vecino de Saul con su camioneta, ni quién levantó a Añuli de la calle y la puso en el asiento de atrás aún consciente, o cuántos éramos en el auto.

Lo que recordamos es la forma en que, en el auto, el cuerpo de Añuli se retorció mientras gritaba desde el asiento de atrás. Y también la carne de su pierna abierta. Rodilla, tobillo y hueso aún tibios, rojos, con destellos de blanco aquí y allá. Antes de que la camioneta las separara para siempre, las chicas habían sido una el espejo de la otra: se vestían igual y parecían dos figuras unidas por cuatro cuernos ensortijados. La Ada estaba exaltada, gritaba mientras trataba de pensar quién podría resolver aquello, quién podría hacerse cargo.

—Llévenla al hospital de papá, por favor —dijo llorando.

Los hombres no le hicieron caso. La Ada tenía ocho años y estaba equivocada. Llevaron a Añuli con el padre de Lisa. Era cirujano ortopédico, no ginecólogo, como Saul. El cartel luminoso del hospital estaba resquebrajado desde aquella vez que en un disturbio lo barrieron a pedrazos. El edificio olía a antiséptico y a carne desmembrada. Alguien le alcanzó una Pepsi a la Ada y la llevó a la casa de Lisa, unos metros más allá, mientras la mamá de Lisa salió disparada en busca de Saachi. Al

llegar, aquella frágil madre humana tuvo que atestiguar cómo su hijita yacía en una sala de emergencia con la pierna abierta en una camilla. Tuvieron que cortar la remera de la pantera rosa de Añuli para revisarle el pecho. Estaba manchada con sangre negruzca. Saachi lloró y lloró mientras nuestras hermanohermanas reían contra los armarios, complacidas con el desastre que acababan de desatar.

Saul estaba en el mecánico. Cuando llegó, Añuli le pidió si podía darle una inyección para morir de una vez. Ella escuchó perfectamente a sus doctores discutir la posibilidad de amputarle la pierna, y a pesar de que era tan solo una niña, sabía que no podría sobrevivir en el mundo con una pierna menos. Saul reprimió el llanto mientras la consolaba. Luego, permitió que le extrajeran sangre para transfundirla. Alguien llevó a la Ada a casa y por tres días se negó a visitar a su hermana. Esto fascinó a nuestras hermanohermanas. El amor por un humano desafía la promesa y hace que los espíritus se aferren a la deuda incumplida, aun cuando deberían partir.

Al final, Saachi se sentó a charlar con la Ada.

—Dime —le preguntó—. ¿Por qué no quieres ir al hospital?

La Ada empezó a sollozar.

—Es mi culpa...

Saachi la miró confundida.

—Ada, no es tu culpa que un auto la atropellara.

—Soy su hermana mayor, e-e-era mi respon-pon-ponsabilidad cuidarla —rompió en llanto y Saachi la envolvió con su brazo, atrayéndola a su lado, de manera que pudo sentir cómo los pequeños hombros se curvaban con cada sollozo.

Mucho después entendimos que Saachi siempre sintió incertidumbre sobre su primera hija, sobre qué hacer exactamente con ella, cómo apaciguar semejante fuerza desatada. Es entendible. Siempre es así con los *ogbanje*, es difícil para sus madres. Si pudiéramos volver el tiempo atrás, le diríamos a Saachi lo que descubrimos muchos años después: nada de lo que hiciera por su hija sería suficiente.

—No es tu culpa —repitió Saachi.

La Ada se quedó callada, pero no le creyó. Una responsabilidad es una responsabilidad. Y tenía razón. En los años subsiguientes, nos volvimos (la Ada y nosotras) mucho mejores cuidando a Añuli, excepto por un descuido básico: durante mucho tiempo olvidamos protegerla de nosotras.

En el hospital, envolvieron la pierna con un yeso. Usaban una sierra mecánica para cortar el yeso cada vez que tenían que cambiarlo. Luego, envolvían su pierna con vendas embadurnadas con azúcar y miel. Las primeras veces tuvieron que darle analgésicos potentes para aplacar el dolor, pero no pudieron seguir haciéndolo. Añuli gritaba y gritaba hasta que el yeso estaba listo. Cuando terminaban, reía. Para nuestra sorpresa, no era un ser que nuestras hermanohermanas pudieran quebrar tan fácilmente.

La familia de Saul vino desde Umuahia para visitarla en el hospital, las mujeres adultas del pabellón solían salir de sus camas para hacerle compañía a Añuli.

—*Chai*⁵ —decían con angustia—. ¡Qué niña hermosa!

—¡*Ewo!*⁶

—Qué lástima.

Después de una semana de esta rutina, Añuli le preguntó a Saachi si se iba a morir. La madre humana miró con sorpresa a esa niñita que hablaba de la muerte con tal naturalidad. A nosotras no nos sorprendió. ¿No había sido la muerte, acaso, quien la rozó en aquel asfalto empapado de sangre? No tenía miedo. Nuestras hermanohermanas la habían tocado y sobrevivió. Le hizo esa pregunta a Saachi porque pensó que la visita de los parientes y las señoras del pabellón tenían que ver con su muerte inminente, que estaban ahí para guardar luto. El concepto

5 Interjección del habla popular nigeriana utilizada para expresar congoja, sorpresa, desilusión o enojo (N. del T.).

6 Similar a *chai*. Interjección para expresar tristeza, sorpresa o lástima (N. del T.).

nos sorprendió muchísimo: guardar luto por alguien que todavía vive. Después de todo, nosotras nacimos para morir, la vida de Ada era apenas un receptáculo, un interludio; tenía sentido empezar el duelo ya.

La Ada se volvió una niña precoz pero hipersensible, constantemente agujoneada por el mundo, por las palabras, por las burlas de Chima y sus amigos sobre su cuerpo redondo y fofo. Para sorpresa de nadie, la realidad se le volvió un espacio difícil de habitar. Estábamos con un pie del otro lado, atravesadas por las compuertas. Nos retorci- mos en lo más profundo de su ser, reviviendo una y otra vez los borbotones de sangre de ese asiento trasero hasta que, en sus recuerdos, todo el auto era una mancha de sangre. Deben comprender que el accidente de Añuli fue un bautismo en el mejor líquido posible, que ese color, esa coagulación, fue un adelanto confuso de la mortalidad y la fragilidad de nuestra nave. Con nuestros flamantes ojos inflamados vimos la sangre y supimos que era un destino.

Y esperamos.

Las cosas no fueron fáciles para Saachi. Nunca lo son para las mujeres que son elegidas. Pregúntenle si no a cualquier madre a la que le creció un dios dentro y luego tuvo que escupirlo al mundo. Cuando Añuli nació, Saachi se enfermó. La Ada estaba enfocada en sus pequeños desastres: dibujaba las paredes y tironeaba de las costuras de los almohadones de cuero marrón hasta destruirlos. Chima estaba en la escuela. Empezó la primaria en un edificio de la calle Faulks. Saachi era un manojo de ansiedad. Tenía palpitaciones y la bilis le subía por la garganta; sus manos temblaban hasta que se largaba a llorar y no podía respirar. Saul no ayudó en nada. Era un hombre impaciente, un necio. Los chicos siempre fueron más de Saachi que de él.

—¡No me puedo quedar en casa! —le decía a su esposa en pleno ataque de pánico—. Tengo trabajo. Si tienes problemas mentales, tendrás que irte a Londres.

Eso fue todo. Saachi recurrió a sus amigas, mujeres que habían nacido en otros países como ella y habían llegado hasta este pueblo pequeño y violento solo para acompañar a sus maridos. Su amiga Elena pasaba a visitarla y la mamá de Lisa le mandaba una chica a ayudarla por las tardes porque Añuli era apenas una bebé, Saul se negaba a quedarse a ayudar y Saachi estaba superada. Nuestras hermanohermanas siempre lo supieron, sabían dónde estaban los puntos débiles de la familia de la Ada, en qué lugar preciso debían aplicar presión para que todo reventara. Todo esto pasó en la casa del número diecisiete, la de ladrillos rojos. El día después, Saachi juntó a sus tres hijos y se los llevó a la casa de Elena. Los dejó ahí y fue a un hospital, donde quedó internada por dos noches.

Los médicos le pidieron que no consumiera ningún estimulante, pero cuando todos salieron uno de ellos se quedó, una mujer. Le preguntó con ternura y en voz baja si estaba todo bien en casa. Porque, claro, era raro que tuviera esos ataques de pánico y que Saul no estuviera ahí para acompañarla. Saachi dijo que todo estaba bien. No sabemos si mentía, pero la médica le recetó una droga para disminuir su ritmo cardíaco y después de la segunda noche le dieron el alta. Saachi salió, pasó a recoger a sus hijos y volvió a la casa del número diecisiete. Se dijo a sí misma que jamás se permitiría caer en ese estado otra vez. Todos los días durante un mes entero, mientras Ada y Chima jugaban, Saachi recostaba a Añuli en una esterilla, se tiraba en el sofá y se tapaba con la manta de tejido de akwete hasta arriba de la cabeza, como si estuviera en una cueva oscura. La ansiedad se acurrucaba en su pecho como un gato cuyo maullido le calaba los huesos. Se escondió y se escondió y Saul no hizo nada para encontrarla porque, como ya le había dejado claro, no tenía tiempo para estar en casa.

Como dijimos: las cosas no fueron fáciles para ella. Mientras la asfixia aumentaba, los años fueron pasando y la familia de la Ada se mudó calle abajo, al número tres. Ahí sucedió lo de la camioneta, el choque y la sangre. Cuando Añuli pudo volver a caminar, Saachi

dijo que necesitaría cirugía plástica y trasplantes de piel para reparar las cicatrices brillosas que bajaban como un río hasta su pie. Se llevó a Añuli a Malasia para consultar con algunos médicos. La Ada se quedó en casa. Mientras estaba de viaje, un reclutador de personal médico le ofreció a Saachi un puesto en Arabia Saudita.

Hay muchas formas de quebrar una familia y aislar a una niña, nuestras hermanohermanas lo sabían. Por ejemplo: a Saul no le interesaba nada salvo sí mismo, así que jamás iba a estar ahí para proteger a la Ada. Era demasiado humano para representar algún peligro para las hermanohermanas. Después de un traspie laboral en Londres, estaba contento de haber terminado en Nigeria, donde se lo consideraba un hombre importante, uno que andaba por ahí con un Mercedes Benz importado y patentes personalizadas. Necesitaba que la gente lo viera relucir. Estaba ávido de gloria. Cuando obtuvo la jefatura comunal, fue como si lo hubieran bañado en plata, como si finalmente hubiera obtenido el brillo que siempre había querido. Gastó muchísimo dinero en cosas caras para él, dinero que se negaba a gastar en cosas para su familia. Saachi tuvo que desarmar un viejo sari para poder hacerse el vestido para la ceremonia de Saul. Pelearon por esto y por mucho más, sobre todo porque Saul se negaba a gastar plata en cosas necesarias para el hogar. Aunque su consultorio tambaleaba, Saachi siguió transfiriendo dinero a sus cuentas en Londres. Inmediatamente después de la ceremonia, en vez de entretener a los invitados que venían a felicitar a Saul, Saachi se llevó a los chicos a Onitsha para ver a una amiga. A Saul solo le dejó una nota.

“Ahora eres jefe comunal”, escribió, “pero no eres un dios”.

Tenía toda la razón, tanto que ni siquiera podía imaginarlo. No era un dios. Había tenido que rezarle a uno para que llegara la Ada. Esa niña era demasiado para ser concebida por él. Así y todo, Saachi siguió dándole oportunidades, chance tras chance, en las que podría haber mostrado dignidad. Después de recibir la oferta de trabajo en el viaje que hizo con Añuli a Malasia, Saachi lo llamó.

—¿Qué te parece? —preguntó— ¿Debería aceptar? ¿Vas a poder cuidar a los chicos?

—Hablemos cuando vuelvas —respondió él.

Así que la menor y ella volvieron a Nigeria y para entonces la Ada, que nunca había estado tanto tiempo sin ellas, casi no pudo reconocerlas. Nosotras sabíamos que el olvido podía ser una forma de protección.

Saul había pagado el viaje. Cuando Saachi le contó que los médicos habían recomendado no hacer nada con las cicatrices de Añuli, que lo mejor era no tocarlas, Saul gruñó entre dientes.

—Así que solo fue un desperdicio de dinero, un viaje inútil —y dio media vuelta y se fue.

Saachi miró fijamente su espalda engreída mientras se iba. Después fue a revisar sus cuentas bancarias, miró a su familia y tomó una decisión. Era más fácil librarse por el bien de sus hijos que por su propio beneficio. Las cosas que ella hizo por la Ada, Saul jamás las haría. Tenemos que admitirlo: la queríamos por eso. Aceptó la oferta de trabajo y se fue de la casa del número tres. Ni ella imaginó que nunca iba a volver.

Al otro lado del umbral, nuestras hermanohermanas se regocijaban. Habían logrado ahuyentarla. Ningún dios intervendría, los *ogbanje* se merecen sus venganzas; así es la naturaleza de estos espíritus mezquinos. Además, había muchas formas de interpretar lo que pasó. Nuestras hermanohermanas le rompieron el corazón a Saachi, sí, pero también la liberaron. La soltaron del encierro bajo esa manta de tejido de akwete al que la había condenado Saul. Si no hubieran arrojado a la menor a la calle, no habría podido escapar. Querían castigarla: le sacaron a sus hijos, le llenaron la boca de arena. Pero solo un tonto puede ignorar que se paga un precio por la libertad, un monto que se mide en ropa ensangrentada, en hilachas de algodón y nuevas cicatrices. Si a esa altura Saachi no lo sabía, haber engendrado a un dios se lo enseñó de la peor manera. Nunca son fáciles esos aprendizajes.

Los siguientes cinco años de su vida los pasó trabajando en Arabia Saudita. Cuando se venció su contrato, volvió a llamar a Saul.

—¿Qué te parece? —preguntó— ¿Debería volver a Nigeria o pruebo suerte en Londres?

Saul ya no estaba presente para ninguna cosa importante. A nadie le sorprendió que no respondiera, que su boca fuera un espacio en blanco. Saachi estaba sola. Sabía que a pesar de que Saul odiaba su independencia, el dinero que ella ganaba les hacía falta. De repente, se nos apareció como un hombre débil, sabíamos que solo lo escogieron porque elegiría los nombres correctos para la Ada. No le prestábamos atención.

Frente a su pasividad, Saachi fue a Londres. Fue a ver si le gustaba y evaluar si podía mudarlos a todos para allá. Pero la depresión se apoderó de ella, y regresó al desierto saudí. Para cuando venció su último contrato, la madre humana de la Ada había pasado allá diez años de su vida, de Riad a Yeda, para terminar en las montañas de Taif. Volvía a Nigeria una o dos veces por año con valijas que olían a novedad y extranjería. Dejó a sus tres hijos en sacrificio, atados a un altar con hilos demasiado finos. Pagaría por eso el resto de su vida.

Así se quiebra a una niña. Primer paso: quítale a su madre.

Capítulo cuatro

*En la antigua civilización, habrías tenido a disposición
ritos y rituales con los que podrías controlar las compuertas.
Pero ningún rito ni ritual te diría cómo controlarlas.
Tú eres la joya escondida en el centro de la flor de loto.*

Nosotras

Todos los delirios, cada destello cegador de ellos, tiene su origen en las compuertas. Esas monstruosidades talladas, esos portales de arcilla y cal, existen en todas partes y en ninguna a la vez. Se abren, nacen cosas y se cierran. La apertura es fácil: un pujo, una expansión y una inhalación. El polvo de lo divino vuela por el aire. Se supone que sea un canal temporal, algo que debe sellarse al terminar. Las compuertas apestan a conocimiento, no pueden quedar abiertas como una ventana batiente, goteando sin control. Eso contaminaría el mundo humano. Los cuerpos no deben recordar las cosas del otro lado. Hay reglas. Pero estos dioses burbujan como agua hirviendo. Para ellos las reglas son laxas y se estiran. A los dioses no les importan las reglas. No son ellos, después de todo, los que pagarán el precio.

Nos enviaron hasta aquí sin previsión, con una red de conocimiento atada a los tobillos, demasiado estrecha para darnos información y lo suficientemente tensa como para hacernos tropezar. Hubo muchos descuidos como este. Como esos dioscecitos enloquecidos que pululan por las playas con el pelo apelmazado y los testículos hinchados, que ríen irreconocibles con sus dientes marrones mientras comen de montañas de basura y gruñen con las tetas caídas. Así se ve la carne cuando

no lo soporta, cuando ya no sostiene su vínculo con la realidad. Aunque, a veces, la carne se adapta demasiado bien, como en los casos de aquellas que cruzaron las compuertas y enloquecieron de una forma mucho más controlada, más terrorífica. Aquellas que encontraron la crueldad humana y se regodearon en ella, perdidas en el rojo sanguinolento de la mortalidad. Son las que, en su forma encarnada, hicieron cosas atroces y deliciosas para romper a la gente, incluso a niños en medio del llanto: despedazaron y enterraron cuerpos, se alojaron en padres y esposos, en madres y primas; desgarraron, usaron y se excitaron. Se pasaron de la raya. Se adentraron en la inhumanidad. Por ellas es que debería haber una regla en contra de encerrar espíritus en una cárcel de carne. Pero los humanos nos llaman, nos atraen. Están tan hinchados de potencial y a la vez tan vacíos, tienen tantos espacios bajo la piel y en los huesos en los que nos podemos acurrucar. Los podemos joder, marcar, acosar, engañar, y al final, a veces, podemos irnos.

Sean disculpar nuestro discurso atropellado. Fuimos eyectadas hacia este limbo inesperado, demasiado intermedio, demasiado divino, demasiado humano, un mundo a medias que hace de nosotras unas espíritus bastardas. La divinidad cala hondo, ¿saben? No solíamos estar solas cuando estábamos en el vientre de Ala en el inframundo. Estábamos con nuestras hermanohermanas. Cada vez que salíamos de visita prometíamos volver, prometíamos nunca quedarnos demasiado en el otro lado, prometíamos recordar. En esa época nos deslizábamos como embadurnadas en aceite de palma, rojas y espesas. Nuestra madre era el mundo, tal como lo sigue siendo. Pero, de repente, se le ocurrió responder a las plegarias de un hombre y la suavidad de nuestro viaje fue perturbada por la rispidez de esa voz de barítono. “Dame una hija”, pidió. “Señor mío, dame una hija”.

A veces el único dios que responde a tu plegaria es aquel que tiene intenciones de atenderla. Nunca supimos por qué Ala, de entre la pila de otras miles, atendió esta en particular. Nunca entendimos por qué le prestó atención a ese manojo de palabras. Quizás justo estaba

prestando atención a la boca de Saul, quizás lo hizo por capricho, quizás quería recordarle al mundo que ella seguía siendo la dueña de los hombres. Desde que los profanadores habían destruido sus santuarios y convertido a sus hijos, quedaban pocos que la invocaran.

Nos obsesiona porque tiene que haber un propósito, una razón por la que fuimos arrojadas a través del río, aunque gimiéramos y nos resistiéramos. Tiene que haber una idea detrás que explique nuestro encierro y por qué tuvimos que soportar este exceso de humanidad. Nuestra madre, Ala, no habla del tema. Solo sabemos que hubo una plegaria, que la Ada fue la respuesta, que escondieron nuestro *iyi-uwa* meticulosamente en su cuerpo y eso la transformó en un puente entre este mundo y el nuestro. Todo lo demás es un camino en la penumbra. Fuimos sentenciadas a esas compuertas batientes entre dos mundos, a la deriva, libres para crecer en todas las direcciones, pero estancadas. Las compuertas abiertas son como una llaga que no cesa de supurar: lo infectan todo con grietas, fisuras y huecos. Son espacio donde no debería haberlo. Cuando la Ada nació, nos tendríamos que haber fusionado con ella, pero en cambio lo que quedó fue un colchón de vacío entre nosotras, amargo como la hiel, una avalancha de nada. En ninguna mente debería existir un vacío tal.

Podíamos ignorarlo mientras dormíamos, pero después de nuestro alumbramiento en la aldea, nuestros ojos se abrieron y se volvieron mundos atiborrados en los que los iris eran nubes y las pupilas ollas sin fondo. Podíamos verlo todo. Cuando Saachi se fue, vimos cómo su hija se retrajo, vimos la forma en que la Ada se refugió en su propia mente, más cerca nuestro. Rogaba como si se hubiera perdido a sí misma, resoplando con esa tristeza tan singular de la niñez, llorando por su mamá, pidiéndole que vuelva: vuelve, por favor, tan solo te pido que vuelvas. Nuestra respuesta fue vívida, peleamos no por nosotras sino por ella. La Ada era tan pequeña y estaba tan triste. Nunca debió abandonarla. Vino hacia nosotras porque buscaba a cualquiera, porque la perseguía un vacío gris, maléfico y frío como la cal.

Incluso trató de rezar. La llevaban a misa todos los domingos, le hablaban del Cristo, de ese hombre que era y no era humano. Leyó historias en las que se les aparecía a sus seguidores, a los más fieles, y entonces ella rezaba. Le pidió que bajara y la abrazara, aunque sea por un instante. Para él sería fácil, era el Cristo. Apenas ese gesto sería para ella algo muy importante, demasiado importante, porque nadie, como ustedes ya saben, la abrazaba. Además, ella lo amaba y era una niña, e incluso si ella no lo amara, él la amaría de todos modos, pero como era una niña debía amarla aun más porque él ama sobre todo a los niños, así que no había explicación por la que no bajaba para darle un abrazo, apenas un abrazo cortito.

Nosotras lo conocíamos. Sabíamos su verdadero nombre: Yshwa, y sabíamos que lucía como cualquiera y como todos al mismo tiempo. Su cara cambiaba como la de un espectro. También sabíamos que era imposible que él no estuviera escuchando a la Ada. El oye todas las plegarias, ya sea que las susurren, las griten o las canten. Pero no suele atenderlas, a pesar de lo que muchos creen. Yshwa también nació mientras las compuertas estaban abiertas, con una lengua profeta y un par de manos venidas del otro lado. Y si bien ama a los humanos (nació, vivió y murió como uno), muchos olvidan que su amor es el amor de un dios. Esto es: disfruta del sufrimiento. Así que se limitó a mirar a la Ada llorar sola hasta dormirse, con su nombre equivocado y el de su mamá en la punta de la lengua. Recorrió sus manos por el lomo de su fe y sintió su firmeza hasta estar seguro de que se mantendría en pie de cualquier manera, aun si no atendía la plegaria. Pero incluso si su fe tambaleaba, Yshwa no tenía intenciones de manifestarse. Ya había padecido las penurias del cuerpo una vez y con eso tuvo suficiente. Nunca más. No volvería ni por los niños que sufrían mucho más que ella, ni por un desastre mundial ni por una rebanada de pan inundada de miel. Estábamos ofendidas con él por eso. Cuando sus dedos quisieron tocarnos, le mostramos los dientes e Yshwa se retiró, sonriendo, y volvió a mirar desde lejos.

Nos volvimos fuertes y grandes para la Ada, o al menos lo intentamos, porque mientras tanto su costado taciturno y abandonado se consolidaba. Todavía éramos demasiado débiles, como suelen ser los recién nacidos, pero estábamos determinadas a salir al mundo, a arrastrarnos hasta lo consciente, y para eso nos aferramos con nuestras garras a las paredes de su mente. No lo habríamos logrado si no hubiera sido el tipo de chica que era, lista para creer en lo que fuera.

Saul y Saachi le permitieron una infancia inusualmente inocente, considerando que vivían en una ciudad llena de muerte. Tampoco creían en interferir en la imaginación de la niña, así que cuando la Ada declaró que podía hablar con animales, después de leer alguno de los muchos libros que engullía, nadie la corrigió.

—No le hace mal a nadie dejar que crea —dijo Saul.

Y así la Ada siguió creyendo de forma salvaje en Yshwa, en fábulas y en duendes pululando al resplandor de las flores del bosque. Estaba convencida de que los capullos de alelí de su patio eran un portal hacia otro mundo, y de que toda la magia guardaba sus secretos afuera, en las hojas, en las cortezas, en la hierba y en las flores. Que creyera en todo esto significaba, aunque ella aún no lo sabía, que también podía creer en nosotras.

Así tomamos vigor, porque la fe es el calostro de la existencia para seres como nosotras. Después de que Saachi se fue, la Ada se internó aun más en sus libros y se separó de su mundo para perderse en otros. Leía en todas partes: en el baño, durante la cena y en la biblioteca antes de que empezara el horario de clases. Aunque no estaba claro cuán capaces de salvarla serían los libros.

Mientras tanto, Ala seguía vigilando a su niña. Después de todo, la Ada era su cría, su pequeño sol ardiente cubierto de escamas traslúcidas. Aprendimos que estar encarnadas significaba ser altar, carne y cuchillo. A veces los dioses solo quieren saber qué vas a hacer.

Permítannos darles un ejemplo. Cuando la Ada cumplió diecisiete, ya vivía en Estados Unidos, en una ciudad pequeña al pie de los

Apalaches. Saachi la había llevado allá para que estudiara en la universidad y la Ada habría estado allí sola si no fuera porque nosotras la acompañábamos. Siempre la acompañábamos.

Una noche despertamos con el corazón en la boca, se sentía como si quisiera salir del cuerpo que habitábamos. Un estallido recorría el aire. Nos tomó un segundo recordar dónde estábamos y que ya no vivíamos en Aba, que estábamos en un lugar nuevo. Nuestro cuerpo yacía sobre una cama de dos plazas en un cuarto compartido. Un chico esbelto, de piel negra, saltó de la cama dejándonos solas entre sus sábanas. Respondió a los golpes frenéticos en la puerta y prendió una luz que llenó el cuarto de amarillo. Su compañero de cuarto, desde su cama en la otra punta de la habitación, espía nuestro cuerpo, a la Ada. Su piel tenía el color de la manteca y sus ojos estaban llenos de amargura y enojo. En la puerta apareció una chica de Europa del Este, una maratonista que vestía una prenda de lycra pegada al cuerpo. Había sido generosamente regada con salpicaduras de sangre. Parte de ella se estaba secando en su cara, justo al lado de sus ojos dilatados. Todo esto sucedía mientras le contaba al chico negro que otro maratonista había roto un vidrio con el puño. A su vez, el vidrio rompió algunas otras cosas, lo que explicaba el generoso baño de sangre que traía la chica. El chico amargo saltó de la cama y vimos cómo los dos se ponían una remera encima de sus torsos esculpados. La Ada también salió de la cama y los seguimos por el pasillo, bajamos las escaleras y en cada escalón rastreamos las gotas de sangre esparcidas, hasta llegar a otro pasillo. Los maratonistas siguieron hablando y nosotras aminoramos el paso hasta que nos dejaron atrás, entonces dimos media vuelta y corrimos hacia arriba por las escaleras —gota, gota, gota, mancha en la pared—, pasamos el cuarto de donde salimos y subimos otra escalera —gota, gota, mancha—. En el segundo escalón lo encontramos, un charco, una pileta, un pequeño manto. Profundo como la tristeza.

Miramos a los lados para asegurarnos de que estábamos solas, de que nadie nos miraba. Estábamos solo la Ada, nosotras, unas barandas y

una alfombra gastada. Nos pusimos de rodillas y nuestra respiración se volvió entrecortada, la adrenalina nos inundaba. Estiramos la mano de la Ada hasta que la punta de los dedos rozó la piel blanda y calma del charco de sangre recién coagulada. Había tomado la decisión de dejar de ser líquida hacía pocos minutos, mientras se enfriaba por haber abandonado su tránsito acelerado por los vasos sanguíneos del chico. Removimos un poco la superficie coagulada con los dedos y de pronto la Ada se paró y se fue, aterrada por la violencia con la que le pedíamos más, mucho más.

El problema con tener dioses como nosotras despiertos dentro es que nuestra hambre siempre aumenta y, verán, alguien tiene que darnos de comer. Antes de llegar a la universidad, la Ada había empezado los sacrificios necesarios para mantenernos calladas, para evitar que la volviéramos loca. Tenía apenas doce años. Se sentó al fondo del aula y apoyó su mano sobre el pupitre, con la palma hacia arriba.

—Miren —dijo a sus compañeros, que se dieron vuelta, algo intriguados—. Miren lo que puedo hacer.

Sacó la hoja de afeitar que había robado del botiquín de Saul, una canción de doble filo envuelta en papel manteca, y la dejó caer desde lo alto hasta la piel de la palma de su mano. El golpe le sacó un quejido. La piel se separó como dando un suspiro y sobre la finísima línea blanca que se formó brotó el rojo furioso del líquido.

Ella no recuerda la cara que pusieron sus compañeros porque cada vez que lo hacía nosotras nos expandíamos con regocijo, la llenábamos y la recompensábamos por esculpirse la carne para nosotras. Pasaría otros doce años en esa lucha, como plumas peregrinas en un umbral de arcilla empapado de ginebra. A los dieciséis rompió un espejo para poder cavar su carne con el vidrio. A los veinte, ya en la facultad de veterinaria, después de largas horas de separar la piel del músculo de un cadáver y levantar delicados trazos de fascia, volvía a su cuarto y estrenaba un bisturí sobre la piel cicatrizada de su brazo izquierdo. Como verán, hacía cualquier cosa para que brotara aquel color vívido y primigenio de la tímida piel pálida.

Antes dijimos que ella había enloquecido. Mentimos. Ella siempre estuvo cuerda. Es que estaba contaminada de nosotras, una deidad parásita con muchas cabezas que rugía dentro de las paredes de mármol de su mente. Todos conocen mitos de dioses hambrientos, dioses ignorados, amargos, resentidos y vengativos. Lo primero que debes hacer es alimentar a tus dioses. Si viven en tu cuerpo (como nosotras vivíamos en el de ella) tienes que encontrar la forma, ponerte creativa, mostrarles el rojo de tu lealtad, de tu carne. Debes acallar las voces con el arrullo del altar. Además, no es que puedas escaparte, ¿no? ¿Cómo huirías de ti misma?

Habíamos elegido la moneda con la que la Ada nos pagaría su deuda aquella vez en el pavimento de la calle Okigwe, gracias a la carne expuesta de la pierna de Añuli. Nos pagó con creces. Cada vez que la sangre aparecía nos calmábamos, saciadas por un rato. Una existencia como esta, enredada entre dos mundos, no fue fácil para nosotras. No queríamos lastimar a la Ada, pero habíamos hecho una promesa y nuestras hermanohermanas nos convocaban, nos gritaban que volviéramos. Las compuertas fueron un error, todo fue un error, y todavía nos quedaba tiempo hasta morir. Pero siguieron llamándonos, nos hicieron gritar, nos sacudieron contra la mente marmolada de la Ada hasta que nos daba de comer con esa ofrenda roja como una madre que dice: despacio, despacio, *nwere nwayo*,⁷ ve más lento.

La Ada era apenas una nena cuando empezó con los sacrificios. Rompió su piel sin saber del todo por qué lo hacía, los detalles de esa liturgia privada le eran desconocidos. Hizo lo que tenía que hacer sin pensar demasiado. Pero creía en nosotras. Saachi le traía cuadernos en blanco desde Arabia Saudita y la Ada los llenaba de tinta azul. En ellos nos nombró por primera vez, bautizándonos. Nuestras siluetas eran indistintas y precoces, pero ese bautismo significó un segundo nacimiento,

7 En igbo: 'sé gentil' (N. del T.).

nos transformó en algo palpable. La primera de nosotras, Humareda, era un gris complicado, hecho de capas y profundidades, que apenas podía sostenerse en una forma humana imprecisa. Nuestros brazos de humo se levantaron para explicar con dedos torpes la forma indefinida y cambiante del rostro. La segunda, Sombra, era un negro profundo que se agazapaba con malevolencia contra la pared y apenas insinuaba otros colores (ojos color tierra, dientes amarillos) que nunca aparecían sino en la noche profunda. La Ada nos hizo y nos alimentó.

Con sangre y fe. Así empezó la segunda locura.

Este libro se terminó de imprimir en julio de 2021
en Talleres Gráficos Elías Porter
Plaza 1202, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra
por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico,
sin la autorización por escrito del editor.

